

Círculo Rojo

ESVÁSTICAS EN EL SUR

Wayne Jamison

ESVÁSTICAS EN EL SUR

Historias y operaciones secretas en la provincia de Cádiz que marcaron el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: abril 2018
Segunda edición: agosto 2018
Tercera edición: octubre 2018
Cuarta edición: marzo 2019

Depósito legal: AL 518-2018

ISBN: 978-84-9183-946-0
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Wayne Gilbert Jamison Jiménez de Bentrosa
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: Depositphotos - Porechenskaya

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

A mi hija Naiara, a mi mujer Mamen y a mi madre Claudia, por estar ahí y enseñarme, cada una de una forma diferente, que siempre merece la pena intentarlo.

A Liana Romero, por su generosidad y compartir conmigo recuerdos y vivencias que no pueden ni deben silenciarse.

Cada vez que nos dan clases de amnesia
como si nunca hubieran existido
los combustibles ojos del alma
o los labios de la pena huérfana
cada vez que nos dan clases de amnesia
y nos conminan a borrar
la ebriedad del sufrimiento
me convenzo de que mi región
no es la farándula de otros.
Mario Benedetti
(De *El olvido está lleno de memoria*)

Más vale que no tengas que elegir entre
el olvido y la memoria
Joaquín Sabina

Qué habría de ser entonces, sin memoria,
de nosotros, que hacemos renacer
al juntar nuestras manos esta noche
tantas noches y lunas y ciudades
y el tembloroso mar de las estrellas.
Felipe Benítez Reyes
(De *Sombras particulares*)

PRÓLOGO

El libro que van a leer a continuación, en cuanto este prologuista termine con esta breve pero necesaria introducción, es total y absolutamente novedoso. Y eso, queridos lectores, ya es mucho. Piensen que sobre el nazismo y sobre la Segunda Guerra Mundial se han escrito miles de obras que han abordado el tema desde múltiples perspectivas y con diferentes campos de atención. Unas se centraron en la vida de algunos de los líderes del macabro Tercer Reich, otras en las batallas más importantes o en el desarrollo de la contienda, y otros, como este que nos ocupa, prestaron su atención a la presencia de nazis en diferentes puntos de la geografía española, algo que no debería sorprendernos dada la connivencia entre el recientemente instaurado régimen de Franco y la Alemania de Hitler —había algunas deudas que saldar desde la Guerra Civil—. Pero nadie, que yo sepa, había hablado del importante papel que tuvo la provincia de Cádiz como escenario de fondo de una de las «batallas» más curiosas e importantes de la segunda Gran Guerra y como guarida para algunos nazis huidos tras la debacle. Esta es la novedad de esta magnífica obra que el gran Wayne Jamison nos ofrece.

Tampoco debería extrañarnos. El estrecho de Gibraltar, controlado por los ingleses, se convirtió en un punto estratégico de vital importancia. Era la puerta del Mediterráneo. Y Franco, como todos ustedes sabrán, siempre tuvo una especial obsesión con recuperar para España el Peñón. Es lógico que los alemanes también centrasen su atención en la roca, lo que nos ayuda a entender por qué Cádiz

se convirtió en uno de los escenarios claves de la Segunda Guerra Mundial y la posguerra, cuando sirvió como puerto para la huida hacia Sudamérica de cientos de nazis.

Nunca hubo ninguna batalla real allí, pero sí batallas diplomáticas, operaciones secretas y sabotajes, en las que jugaron un papel esencial los espías nazis e italianos, así como sus enemigos y colegas británicos y estadounidenses. Todos ellos anduvieron por Cádiz durante la guerra.

Pero, ojo, Hitler estuvo a punto de invadir el Peñón en 1941. Si no lo hizo fue, en parte, porque ni Serrano Suñer, el cuñadísimo, ni Franco, se lo pusieron fácil. Imaginen lo que podría haber cambiado la historia Si los nazis hubieran conseguido controlar el Estrecho desde aquel año… No se pierdan los pormenores que sobre este asunto nos expone Wayne.

Además, este libro está lleno de personajes curiosos e interesantes, personajes que perfectamente podían formar parte de ese colectivo que suelo denominar como *Homo insolitus* al que he dedicado parte de mis trabajos. Wilhelm Canaris, por ejemplo, jefe la inteligencia alemana, amigo de Franco y, posteriormente, conspirador contra Hitler, era habitual de Algeciras. Klaas Carel Faber, uno de los nazis más buscados, que pasó largas temporadas en Conil tras fugarse de la cárcel. Kim Philby, un agente doble inglés que durante un par de décadas fue el mejor espía ruso y que jugó un papel esencial en el desembarco de Normandía, también estuvo por Cádiz. Por no hablar de José González Rodríguez, «el gaditano que estrechó la mano a Hitler», como le denomina Wayne Jamison; o de Lionel Crabb, un antiguo traficante de armas y espía que se ofreció como voluntario para desactivar minas en el Estrecho, y que bien pudo ser la inspiración para el personaje de James Bond; o de Larissa Swirski, la Reina de Corazones, una dama rusa descendiente de los Romanov, ni más ni menos, y esposa de un marino amigo de Ramón Franco —el hermano piloto del dictador—, que no dudó en convertirse en espía para los nazis, centrando su actividad en el Campo de Gibraltar, donde los servicios secretos aliados tenían una fuerte presencia. Terminó uniéndose al contraespionaje británico en 1943, tras conocer la sanguinaria realidad del régimen nazi, como podrán comprobar en breve, y sus aventuras pudieron servir de inspiración para la primera novela de la saga de James Bond, *Casino Royale*, escrita por el espía ingles Ian Fleming, al que llegó a conocer en persona.

Y mucho más. No se pierdan el relato de la fiesta flamenca que se montaron un grupo de oficiales nazis, en septiembre de 1943, en la famosa Venta de Vargas de San Fernando; o la crónica de aquel partido de futbol en el que el Cádiz CF se cargó a una selección nazi a finales de abril de 1939; o la fascinante historia de Graf Spee, un crucero pesado que, tras convertirse en un feroz destructor de barcos aliados, terminó hundiéndose en la costa de Uruguay. En Chipiona se conserva una reliquia en forma de campana de este buque, custodiada, precisamente, por la hija de la Larissa Swirski.

No les entretengo más. Les dejo con Wayne Jamison, con su exhaustivo, preciso y documentado relato, y con esa tierra maravillosa de Cádiz por la que siempre he sentido un cariño especial. Merecerá la pena el viaje.

Perpetrado por Óscar Fábrega.

INTRODUCCIÓN

En la provincia de Cádiz se libró una de las batallas más importantes de la Segunda Guerra Mundial. Más discreta, si se quiere, con menos sangre derramada y en la que entraron en juego unas armas y unas estrategias muy diferentes a las empleadas en otros frentes, pero determinante en el devenir de un conflicto bélico que transformó Europa y cambió la reglas de juego en el conjunto del planeta.

El final pudo haber sido otro si las cartas se hubiesen jugado de forma diferente en el sur del país. Conocemos el final de la película: ganaron los Aliados. Pero pudieron ganar los países del Eje si en la provincia gaditana se hubiesen salido con la suya. No estuvieron tan lejos de lograrlo. Gibraltar, el Estrecho, el norte de África y el tráfico marítimo hacia el Mediterráneo convirtieron a esta zona en punto estratégico, fundamental por lo que suponía su control. Adolf Hitler quería, además, tener la posibilidad de poder entrar por allí para su inminente ataque a Moscú y tener la opción de efectuarlo también desde el flanco más oriental.

El propio líder nazi acabó reconociendo que no apostar al final por la operación de ataque a Gibraltar (Operación Félix) pudo costarles la guerra. El comandante jefe de la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, Herman Göring, se pronunció en la misma línea durante los interrogatorios con motivo de los Juicios de Nuremberg, ya después del conflicto bélico. "Fue nuestro gran error", dijo.

La librada en la provincia de Cádiz fue, eso sí, una batalla larga, que se prolongó durante los casi seis años que duró la Segunda

Guerra Mundial, precisamente porque nadie quería perder de vista Gibraltar, unos por unas razones y otros por otras. La zona se convirtió en un auténtico nido de espías y saboteadores. También de informantes que se vendían al mejor postor. En ella se ejecutaron operaciones de lo más diversas, algunas rocambolescas, como se podrá comprobar en este trabajo. Además de españoles, trajinaron, trabajaron, conspiraron, espiaron y lucharon entre 1939 y 1945 alemanes, británicos, italianos, americanos, franceses y hasta japoneses, lo que supone otra prueba más del importante papel que tuvo este territorio.

El espionaje británico buscaba información de las intenciones españolas, pero sin poner en riesgo la neutralidad franquista. Alemanes e italianos, por su parte, encontraron complicidad en las autoridades locales, aunque con la condición de que sus acciones se mantuvieran dentro de unos límites que no comprometieran a España. Los agentes franquistas fueron encomendados al espionaje de lo que ocurría en el Peñón mediante informantes, mientras que desplegaron todo el contraespionaje posible en el Campo de Gibraltar y su zona de influencia. Se trataba de mantener vigilados a los ingleses sin perder de vista a los alemanes, a la vez que se llevaba a cabo un completo plan de instalación de artillería para, llegado el caso, atacar Gibraltar.

Esa vigilancia a los británicos no se limitó a controlar sus movimientos. Tal como se explica en este trabajo, hubo una implicación mayor, hasta el punto de que se creó un equipo de saboteadores españoles al servicio de los intereses del Eje y a las órdenes de la inteligencia nazi, la efectiva y temida Abwehr.

Pero la presencia de muchos de ellos fue más allá de esos seis años hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Incluso antes, en este caso con motivo de la Guerra Civil, alemanes de la Legión Cóndor también se hicieron notar de forma considerable en la provincia gaditana. Igual que numerosos fascistas italianos dispuestos a derramar su sangre para ayudar a Franco. A partir de 1945, esa presencia casi se redujo a los nazis que buscaban refugio tras la derrota y a los que llegaron para colaborar con el régimen franquista. Y fueron bastantes, protagonizando en algunos casos historias de película, tal como se podrá comprobar en algunos de los capítulos de este libro.

Vaya por delante que es un libro escrito por un periodista, no un historiador. No pretende ser un sesudo análisis de nada, solo un

retrato ágil, directo y lo más preciso posible de personajes e historias vinculados directa o indirectamente al nazismo en la provincia de Cádiz. De las andanzas de muchos —más de los que seguro la mayoría pensaba— en esta zona en el marco de la Segunda Guerra Mundial, en un momento decisivo para la democracia mundial. Porque si algo he sacado en claro en el proceso de investigación y redacción de este trabajo es que dicho territorio jugó un papel determinante en el devenir del conflicto bélico más importante de la historia moderna. Y el que pudo haber jugado si, por ejemplo, se hubiese ejecutado con éxito la Operación Félix. Quizá el mapa del mundo sería hoy uno muy distinto.

Existen obras como *Nazis en Sevilla* (de José Manuel García Bautista, Editorial Absalon, 2012), *Nazis en Madrid* (Peter Besas, La Librería, 2015) o *Nazis en Barcelona* (Mireia Capdevila y Francesc Vilanova. L'Avenç. 2017). ¿Por qué no también uno sobre nazis en Cádiz si en esta provincia la presencia de exmilitares y exdirigentes de la Alemania hitleriana fue más importante que en otras muchas? Como se decía, esta zona fue un auténtico nido de espías. En ella se libró durante la Segunda Guerra Mundial un duelo a muerte con propaganda, intrigas, sobornos, falsos rumores y amenazas como principales armas en lugar de las de fuego y las bombas.

Este trabajo apuesta por episodios vinculados con la presencia de nazis en dicha provincia, no solo porque el régimen de Hitler fuese el principal responsable de los años más negros de la historia moderna, ni por el juego que puede dar en relatos de este tipo, que también, sino porque, pese a lo mucho que se ha escrito, rodado y contado sobre nazis, hay muy poco sobre su presencia en Cádiz, una provincia, insisto, en la que se libró una de las batallas más importantes de la Segunda Guerra Mundial. Tanto que posiblemente aquí se decidiera, en gran medida, el final de la misma.

Y sobre todo porque esa responsabilidad causó que muchos gaditanos muriesen en campos de conconcentración. También hubo otros que perdieron la vida en la División Azul que luchó por la causa nazi en el frente ruso. A todos ellos, a las víctimas de esa locura, está dedicado el tramo final de este libro. Creo que no podía ser de otra manera.

España, insisto, fue un país que, más allá de la imagen de neutralidad que intentó vender, colaboró, y bastante, con la Alemania de Hitler. Lo hizo durante y tras la Segunda Guerra Mundial, en parte

también para corresponder a la determinante ayuda que los nazis prestaron al bando sublevado de Franco en la Guerra Civil, años en los que la presencia de alemanes también fue considerable en este territorio.

Tras la contienda, la colaboración fue muy diferente, sobre todo en los primeros años, pero muy importante para miles de alemanes y jerarcas nazis. España acogió y ayudó a muchos de ellos, haciendo, por ejemplo, la vista gorda para facilitar que se estableciesen en diferentes zonas del país. También ayudó al tránsito de otros que estaban de paso a un destino lejano, al otro lado del Atlántico, principalmente una Argentina también amiga, sobre todo tras la llegada de Perón al poder.

Mientras que los Aliados juzgaron en Núremberg a algunos oficiales nazis de alto rango y otros muchos lo fueron en juicios nacionales en Alemania, Austria y otros países, miles de soldados nazis, oficiales de la SS, colaboradores y simpatizantes quedaron impunes. Algunos continuaron con una vida normal, como la de cualquier civil. Otros, incluyendo criminales de guerra de alto rango, recibieron ayuda para huir lejos de Alemania y comenzar una nueva vida —e incluso asumir nuevas identidades— de algunas de las instituciones más importantes en Europa. Los nazis ya tenían clara la derrota en la Segunda Guerra Mundial desde mucho antes de que se produjese. Al menos desde un año antes. En 1944, de hecho, ya empezó a prepararse en serio para la misma, y ello conllevó trabajar la ayuda de esos gobiernos e instituciones amigas.

Remontémonos al 10 de agosto de aquel año 1944. Apenas tres semanas antes, el 20 de julio, un atentado fallido intentó acabar con la vida de Hitler. Otra vez. Se han contabilizado más de 40 intentos de matar al Führer. En este caso fue la famosa Operación Valquiria. Corrió a cargo de un grupo de oficiales de la Wehrmacht, liderados por el coronel conde Claus von Stauffenberg. Colocaron una bomba en una sala de mapas dentro de la Guarida del Lobo, cuartel general del líder nazi, donde éste se encontraba reunido con sus generales. La bomba estalló, sí, pero el objetivo principal solo sufrió heridas leves, unos pocos rasguños. Después vino la venganza, el castigo por el atentado. No hubo piedad ni nada que se pareciese. Fueron detenidas más de 5.000 personas, de las cuales unas 200 fueron ejecutadas. Entre ellas, un enamorado

de la provincia gaditana, un habitual en esa tierra, Wilhelm Canaris, jefe de la inteligencia germana. Casi todos los demás acabaron en campos de concentración.

Pero situémonos en el mencionado 10 de agosto, cuando ya era inminente el asalto de los Aliados para liberar París. Ese día se reunieron en secreto en el Hotel Maison Rouge de Estrasburgo las siguientes personas: Fritz Thyssen, el magnate fundador del grupo Thyssen; Georg von Schnitzler, presidente de la IG-Farben; Gustav Krupp; propietario de la AEG y Siemens; Kurt von Schroeder, banquero y financiero; Emil Kildorf, magnate del carbón; y Martin Borman, secretario de Hitler. Veían cerca el final de la guerra y sabían que la derrota alemana era cuestión de tiempo, por lo que acordaron la creación de Odessa (Organisation der ehemaligen SS-Angehörigen/Organización de Antiguos Miembros de la SS) ese mismo día con fondos especiales. Hay quienes niegan la existencia de Odessa, afirmando que solo fue fruto de la invención de Frederick Forsyth para una novela que bautizó con ese mismo nombre.

En cualquier caso, se llamase Odessa o no, lo que sí parece ya incuestionable es que se organizaron diferentes rutas de evasión. Existieron al menos tres.

La ruta de la Araña. Tenía a España como tramo principal, a través de la línea San Sebastián-Bilbao-Madrid-Tánger-Buenos Aires. Se especula con que por la misma pudieron huir, entre otros, Joseph Mengele, Hans Fishboc y Reinhard Spitzy.

La ruta de los Conventos o ruta de las Ratas. Habría contado con el Vaticano como actor principal, a través de la línea Roma-Convento de San Girolamo-Nápoles o Génova-Buenos Aires. La habrían usado Adolf Eichmann y Ante Pavelic, entre otros muchos.

Ruta Libertad. Quienes sostienen su existencia señalan que habría sido creada por la inteligencia estadounidense. El objetivo, dar asistencia a nazis, ucranianos, lituanos y estonios de la SS para emplearlos en la entonces futura Guerra Fría contra la URSS. Ivan Demdanjuk, el carnicero de Treblinka; y Herbert Cukurs, el verdugo de Riga, serían algunos de los que la habrían usado.

En España jugó un papel fundamental en la red de escape creada un tal Carlos Fuldner, capitán de la SS de madre argentina y padre alemán. Preparaba toda la infraestructura que utilizarían jerarcas na-

zis y miembros de la SS y Gestapo para huir de la justicia aliada, principalmente a Suramérica. Argentina fue, al menos en una primera fase, el país que más alemanes acogió, concretamente en la zona de Bariloche. Las principales teorías que niegan la versión oficial sobre la muerte de Hitler, ésa que nos cuenta que se suicidó en el búnker de la Cancillería de Berlín junto a su amada Eva Braun el 30 de abril de 1945, sostienen, de hecho, que el líder nazi también pudo asentarse allí tras huir de Alemania.

A este respecto, especial relevancia tiene un descubrimiento del diario *El País* en marzo de 1997. El periódico había localizado en el Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores un informe que los servicios secretos aliados remitieron en 1945 al Gobierno de Franco en el que se adjuntaba una lista de repatriación con los nombres de 104 oficiales nazis que vivirían ocultos en España.

Algunos de ellos, como Hans Juretshke, llegaron a ocupar cargos de responsabilidad en instituciones importantes. En su caso en la Universidad Complutense como catedrático emérito y director del Departamento de Alemán. Otros como el doctor Franz Liesau Zacharias habrían trabajado para la Alemania nazi obteniendo animales para experimentos que buscaban obtener armas bacteriológicas.

Las historias relatadas en estas páginas demuestran también que el nazismo y los nazis no estuvieron solos tampoco tras su rendición en la Segunda Guerra Mundial. Y que España —especialmente la provincia de Cádiz— sirvió de refugio a muchos de ellos. Su presencia dio pie a multitud de historias que aun hoy, tantos años después, siguen sorprendiendo. Algunas aparecen en este trabajo. He querido hacerlo de forma amena, huyendo de relatos planos y aburridos en los que predominan datos, nombres y fechas que tardan poco en olvidarse. Cada una de esas significativas, llamativas o inquietantes presencias o historias cuenta con un capítulo propio en forma de relato. Alguno puede, incluso, que provoque una sonrisa, aunque lo que se esté narrando se contextualice, siempre, en uno de los mayores horrores de la historia.

Como es lógico, no están todos los que son. Sería imposible relatar en un único trabajo toda la presencia de nazis en la provincia de Cádiz. Sobre todo, porque casi siempre se buscaba la discreción, el anonimato. Muchos llegaban con una identidad falsa, como Luis Gurruchaga —o Frederiche von Freienfels, como se prefiera— a

Chipiona. Pasar desapercibido era fundamental, aunque el lector podrá comprobar en estas páginas que hubo alguna ocasión en la que sucedió todo lo contrario. Si no, que pregunten a los responsables de la Venta de Vargas de San Fernando. Allí, en el año 1943, se vivió un episodio que, pese a lo que aconsejaba la situación, podría calificarse de cualquier cosa menos de discreto y que acabó con un grupo de nazis y un cuadro flamenco totalmente desnudos en una juerga… Bueno, mejor que lean el capítulo correspondiente, porque la historia es de las que tampoco tiene desperdicio.

Me gustaría concluir destacando que el trabajo de investigación para poder escribir este libro ha sido una de las experiencias más apasionantes que he tenido en los muchos años de ejercicio periodístico que llevo a mis espaldas. He disfrutado como pocas veces lo he hecho, he vivido momentos y situaciones que merecerían un capítulo por sí mismas, he conocido a personas que jamás pensé que llegaría a conocer… Espero que todo eso se vea reflejado de alguna manera en las siguientes páginas. Sé que el reto es más que difícil.

Ya está. Ha llegado el momento de presentarle al doctor Pirata, a la Reina de Corazones —la espía que inspiró las chicas Bond—, al nazi cartujano, al Príncipe Negro, al auténtico 007, a diplomáticos entregados a la causa, a militares dispuestos a morir y a matar, a saboteadores organizados, a mentirosos y embaucadores profesionales… Y al coche blindado de Hitler, el Hotel Reina Cristina, Villa Carmela, la campana del mítico Graf Spee, la playa de los Alemanes, el tesoro nazi hundido en aguas gaditanas, túneles secretos, torpedos humanos, operaciones especiales que pudieron dar un giro de 180 grados a la guerra… Historias de amor, de odio, de venganza… Persecuciones, engaños, pactos, alianzas… Y sorpresas. Verdades robadas entre sábanas de satén y entre brindis en cócteles de la alta sociedad del momento. Personajes, elementos y lugares todos ellos, en definitiva, que esbozan una parte de la historia de la provincia de Cádiz que quizá no sea todavía lo suficientemente conocida. Agárrese, que vienen curvas.

Tiene mi palabra de que todo lo que a continuación se relata es cierto. No hay nada de ficción. Por suerte o por desgracia. Lo que usted prefiera.

También quiero presentarle a las víctimas gaditanas del nazismo, a esas personas que acabaron en campos de concentración o extermi-

nio. Fueron más de 80. Aquí aparecen sus nombres, sus poblaciones de origen y los principales datos sobre el horror que sufrieron. A ellos les he reservado la parte final del libro. Porque creo que es de justicia.

El recuerdo, la memoria en este caso, no es solo un acto de justicia con las víctimas y sus familias. Es también un ejercicio que puede y debe servir de advertencia, de enseñanza para que no caigamos en los mismos errores.

Pase y lea. Déjese llevar. Eso sí, el viaje al que les invito no va a ser precisamente tranquilo. Advertido queda. Le reto a poner a prueba su capacidad de sorpresa.

Wayne Jamison
Jerez, marzo de 2018

BLOQUE 1

DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

1

LA REINA DE CORAZONES

Fumaban sentadas en un muro, con los pies colgando y sintiendo la brisa en sus rostros. Frente a ellas, el mar, que vestía un azul más intenso de lo habitual. Y al fondo, la costa española y Gibraltar. Las vistas desde ese lugar sobre la playa de Benzú, en Ceuta, eran privilegiadas.

—Venga, va, anímate. Verás cómo no te arrepientes.

—Ya te he dicho que no lo veo claro, Anita. Déjame que me lo piense un poco más. ¡No seas pesada!

La bella italiana Ana Colombo trabajaba para los servicios secretos nazis en Tánger, donde tenían a sus agentes del Abwehr (la inteligencia militar alemana), y quería que su amiga Larissa Swirski hiciese lo mismo. Llevaba tiempo intentando convencerla. Sabía que era una mujer que cumplía más que de sobra los requisitos para ser una buena espía. Era inteligente, audaz y decidida, dominaba seis idiomas y no parecía tenerle miedo a nada. Todo ello, sumado a un magnetismo que sabía explotar cuando y como quería, la convertía en la candidata perfecta. Se lo propuso por primera vez al poco de conocerse en Ceuta. Larissa llegó allí con la Segunda Guerra Mundial ya en marcha. Su marido, el sevillano Manuel Romero, había sido destinado a la Comandancia de Marina ceutí y ella no dudó en acompañarle. En aquella época, recién iniciada la década de los 40, tampoco hubiese estado bien visto lo contrario.

Larissa había nacido en Rusia, en el seno de una familia de sangre azul. Su padre era uno de los boyardos (noble de alto rango) del zar Nicolás II. Sus descendientes siguen hoy en día luchando porque se les reconozca formalmente como miembros de los Romanov, gracias a un complejo —y curiosísimo— nexo con dicha dinastía cuya explicación necesitaría de un extenso relato que nos distraería demasiado del objetivo principal de este capítulo.

Nuestra protagonista disfrutó de una niñez privilegiada hasta que estalló la revolución bolchevique. Perdió a sus padres y sus propiedades, y tuvo que huir de Rusia junto a sus abuelos y su hermana, con quienes se instaló en Berlín. Entonces era una niña de 9 años de edad. Fue una experiencia que tiempo después resultó determinante en su decisión de luchar contra el comunismo de la mano de los nazis. Tuvieron que salir a toda prisa de su país, embarcando en Yalta en un buque de guerra que el mismísimo Jorge V de Inglaterra había mandado para su rescate y el de otros nobles de aquel país.

La Primera Guerra Mundial había terminado hacía poco y Alemania ya pagaba las consecuencias de su derrota. Aun así, Berlín permitió a Larissa empezar a cultivarse. Estudió idiomas, cultura universal y música. A los 17 años ya hablaba ruso, alemán e inglés y empezaba a manejarse en francés. También empezó Medicina, pero lo dejó poco después; por lo visto, en cuanto comprobó que se mareaba solo con realizar prácticas en un quirófano simulado.

También probó en el cine. Cuentan que fue descubierta por el estudio de cine UFA y filmó varias películas con el mismo. Fue entonces cuando se inició en el mundo de la fotografía, que pasó con rapidez de pasión a convertirse en su principal ocupación. Consiguió reunir un importante equipo de cámaras alemán, puntero en la época, que se llevó consigo cuando se mudó a París con su abuela y su hermana. En la capital francesa abrió un estudio fotográfico que fue referencia, sobre todo en la alta sociedad, y por el que pasaron numerosas figuras y personalidades de la época, como el actor Rodolfo Valentino, la actriz Pola Negri o la bailarina, cantante y actriz Josephine Baker. Fue en esa época cuando conocieron a un jovencísimo Dalí, que ya empezaba a destacar como pintor, y al que acabaría uniendo una intensa amistad.

Veraneaban en Cannes, punto de encuentro casi obligado para los miembros de la alta sociedad europea de los años 20 y 30 del

siglo XX. Residían en la lujosa Villa Menival, que sigue existiendo hoy en día. Uno de esos veranos conoció al marinero español Manuel Romero Hume. Fue un flechazo. Ese primer encuentro tuvo lugar un día a la seis de la tarde y él le pidió matrimonio seis horas después, a las diez de la noche. Se casaron y apenas un año después nació Helena.

Antes de seguir con la historia de Larissa, merece la pena detenerse en algunos detalles de la vida de su marido Manuel Romero, ya que ayudan también a contextualizar el ambiente en el que creció ella, que podía ser calificado de casi cualquier cosa menos de tranquilo. Romero fue un destacado militar de la Marina. Entre sus mejores amigos figuraba Ramón Franco, reconocido piloto y hermano del dictador, cuya vida estuvo marcada por dos episodios muy concretos, más allá de su pasado republicano: ser impulsor y tripulante del vuelo del Plus Ultra que por primera vez viajó entre España y América (1926), lo que le valió ser considerado un héroe de la época, y cómo murió. Fue en octubre de 1938, al estrellarse el hidroavión de fabricación italiana que pilotaba poco después de partir de Pollensa. El supuesto accidente dio pie a numerosas especulaciones, entre ellas que pudo haber fallecido víctima de un sabotaje.

En ese vuelo estaba previsto que le acompañase Manuel Romero, según relata para este libro su hija, que aún recuerda cómo esa misma madrugada, poco antes de la hora prevista para el despegue, su padre llegó a casa exhausto tras una noche de intensos bombardeos y se retiró a descansar. El cansancio hizo que perdiese el vuelo y se salvase de una muerte casi segura.

Volvemos a Larissa. Los servicios secretos alemanes estaban empeñados en reclutarla. Ya dominaba casi a la perfección seis idiomas, gozaba de una inteligencia privilegiada y sabía controlar sus emociones. Era la candidata ideal para ellos, pero se dejaba querer, incluso cuando era su amiga del alma, Ana Colombo, quien le pedía que diese el paso. Anita, que era como gustaba llamarla, ya estaba considerada una espía 'pata negra', de las que no dudaba en arriesgar su vida si era necesario para conseguir información valiosa. Nada que ver con esas otras que hacían su trabajo en cócteles de embajada o al calor de unas caras sábanas de satén.

Pero Larissa acabó cediendo. Tampoco es de extrañar, ya que aquella bella joven de origen eslavo, nariz aguileña y mirada pene-

trante estaba resentida con el régimen de su país por haberle arrebatado su familia, sus amigos y su patria, además de sus pertenencias. Corría ya la segunda mitad del año 1941. Alemania había atacado la URSS. Los nazis habían encadenado, antes, victoria tras victoria y eran vistos entonces como los grandes favoritos en cualquier iniciativa bélica que emprendiesen. Y, lo que quizá fuese más importante para Larissa Swirski, eran quienes podían consumar la venganza que ella deseaba para quienes la habían desterrado de su país. Hitler y sus tropas podían devolverle todo lo que había perdido. De hecho, así se lo prometían los alemanes cuando insistían en que trabajase para ellos.

Empezó a hacerlo en Ceuta. Iba a Tánger cada vez con más frecuencia. Allí había más movimiento y, por tanto, más y mejor información que conseguir. No tardó en relacionarse con gente importante. Era habitual en fiestas y cócteles. En una de ellas conoció a Ramón Serrano Suñer, entonces ministro de Asuntos Exteriores, además de cuñado de Franco.

Su hija Helena ya era una niña de 10 años que asomaba a la pubertad. Empezaba a despertar y a ser consciente de lo que sucedía a su alrededor. Hay momentos que se quedaron grabados a fuego en su memoria. Como los que vivió durante un tiempo muchas tardes en la amplia terraza de la casa en la que vivían en Ceuta, en lo alto de un monte próximo a la conocida zona de Benzú. Salía allí con sus padres a tomar el té en el mirador, siempre a las cinco. Ponían música en un gramófono y aguardaban el inicio del 'espectáculo' que se disponía ante sus ojos: stukas —los característicos aviones nazis— bombardeando el Peñón. Subían y bajaban. Llegaban, soltaban las bombas, se marchaban y volvían. Ese silbido rompiendo el aire, esos viajes de ida y vuelta de las aeronaves alemanas, las explosiones y la defensa británica componían una película en la que los buenos para ellas eran entonces los nazis. El tiempo acabaría dictándoles otras ideas, pero no podían saberlo aún. Como tampoco podían ni tan siquiera intuir las aventuras que les esperaban al otro lado del Estrecho en un futuro cercano.

Manuel Romero fue destinado poco después a Puente Mayorga, en la bahía de Algeciras. Le encargaron el mando de la Ayudantía de Marina. Los ingleses se referían a esa zona como 'Spy row' (línea de los espías), por la cantidad de agentes que allí se concentraban.

Alemanes, italianos, británicos y españoles a la caza de la mejor información en una zona considerada estratégica por todos los participantes en la Segunda Guerra Mundial. Aunque menos, también se dejaron ver por la zona espías estadounidenses y, por sorprendente que parezca, japoneses.

A las órdenes de un tal Johann Rudolf Recke, alias Moruno, un tenebroso alemán que siempre llevaba un guante negro en su mano derecha para esconder el muñón y que estaba al frente de la sección de contraespionaje y desinformación nazi en el Marruecos español y francés, Tetuán y el Estrecho, Larissa no tardaría en empezar a jugar un papel importante a favor de los servicios secretos nazis, destacando por su decisión, su valentía y su capacidad para acometer los encargos más complejos.

Su sangre fría le permitió más de una vez salir de situaciones muy peligrosas. Como aquella que vivió el 19 de agosto de 1943 junto a su pequeña Helena. Eran frecuentes las acciones de sabotaje llevadas a cabo por un buen puñado de agentes italianos contra intereses británicos en la zona, sobre todo dentro de Gibraltar. Un día, Recke pidió a Larissa que comprobase los efectos de un ataque contra unos tanques de combustible en un muelle del Peñón. Le ordenó que entrase y fotografiase los mismos para conocer el estado en el que habían quedado.

Ella no vaciló. Se puso el uniforme que más le gustaba: un sencillo vestido negro, zapatos de tacón, un elegante sombrero de fieltro y unos guantes largos. Se llevó con ella a su hija Helena. Gracias a un permiso de entrada conseguido tras la petición formal realizada a los mandos británicos por el teniente coronel del servicio de información español en el Campo de Gibraltar, Eleuterio Sánchez-Rubio Dávila, alias 'El Abuelo', ambas consiguieron cruzar la frontera sin sobresaltos. Tampoco los tuvieron mientras la madre hacía las fotos con una diminuta cámara.

Al concluir su trabajo, la espía sacó la película y la guardó dentro del guante izquierdo, que volvió a colocarse con cuidado. Justo después le dio la cámara a su hija y le pidió que la metiese dentro de una de las botas que calzaba.

Pero la tranquilidad no tardaría en dar paso a un primer sobresalto. Un hombre de unos 40 años se les acercó cuando se disponían a abandonar el lugar y emprender el camino de regreso. Entabló una conversación banal.

—Espléndido día para pasear al sol, ¿no creen? —les preguntó.

Larissa se dio cuenta de que ese encuentro no era casual, pero, pese a ello, supo mantener la calma. Respondió con una sonrisa y participó en una breve charla en apariencia intrascendente. En un momento dado, él le ofreció un cigarrillo. Ella aceptó y esperó que le diese fuego. El encendedor del desconocido, sin embargo, falló.

—Vaya, no me han dejado gasolina ni para el mechero —comentó.

Ya no quedaba la más mínima duda. Ese individuo, quien quiera que fuese, la había visto sacar las fotos y las vinculaba con la acción de sabotaje contra los tanques de combustible. Larissa Swirski logró disimular su sobresalto y responder con calma… e ingenio.

—¡Estos italianos son gente de cuidado!

Se despidió consciente de que su salida de Gibraltar podía resultar complicada. La habían pillado y sabía que su vida corría un serio peligro. En aquellos años, un espía detenido era un espía muerto. Sin juicio. Era directamente ejecutado si existían indicios de que trabajaba para el enemigo. Mantuvo la compostura pese a todo y siguió el camino de regreso a zona española mientras apretaba cada vez con más fuerza la mano de su hija. Aunque empezó a sentirse incómoda, la pequeña no protestó, consciente de que algo raro estaba sucediendo.

Pocos metros antes de llegar a la frontera entraron en una cafetería y Larissa escondió la cámara tras un espejo del servicio de señoras, fijándola a la pared con un chicle. Se atusó el pelo, se colocó bien el sombrero, se aseguró de que la película con las fotos se mantenía disimulada dentro de su guante izquierdo y se dispuso a cruzar la frontera con su hija.

Sus sospechas se confirmaron a escasos metros de la verja. Caía la tarde. Hacía calor y una marea humana abandonaba Gibraltar con destino a La Línea tras la jornada de trabajo. Ella pensó que quizá entre tanta gente conseguirían pasar desapercibidas. Pero no fue así. Las estaban esperando. Un hombre de uniforme se acercó a ellas y las instó, tajante, a entrar de inmediato en el edificio de la aduana.

Una vez dentro, ordenaron a Larissa que acompañase a una mujer, también de uniforme, a otra estancia. Allí le pidió que se desnudase. Iba a revisar con detenimiento apliques y costuras de toda su ropa, buscando una prueba o indicio que demostrase lo que había

estado haciendo dentro de Gibraltar; algo, en definitiva, que justificase su ejecución por trabajar como espía para los nazis.

Ella sabía lo que querían y no estaba dispuesta a dárselo, así que su mente empezó a trabajar a enorme velocidad para encontrar una salida a la comprometida situación. Ni el llanto de su hija impidió que se centrase en ese objetivo.

Actuó con la cabeza fría y, sobre todo, con rapidez y decisión. Mientras le daba el sombrero, rogó a la británica de uniforme que se diese la vuelta para quitarse la última y más íntima de sus prendas. Aunque a regañadientes, la mujer aceptó y, ya de espaldas a la espía, empezó a examinar el sombrero.

Larissa aprovechó entonces para quitarse rápidamente los guantes y, mientras estornudaba, lanzarlos sobre un archivador que había en la sala. Con la película dentro, claro. Después se volvió.

—Así desnuda me voy a resfriar —dijo a la mujer mientras le entregaba su última prenda.

Así logró salvar la vida aquella vez. Sin película no había indicios y sin indicios no había ejecución, así que la dejaron marchar junto a su hija después de examinar el interior de su boca y darle tiempo para que volviese a vestirse. El suficiente para que recuperase la película sin que la viesen. Tampoco era cuestión de dejar allí ninguna prueba que la incriminase.

Larissa estaba considerada pieza central de la red de espías nazis que había en la zona. Sus misiones se contaban por éxitos. Participó en muchas y de lo más diversas. Incluso de forma muy activa alguna vez en la mencionada red de sabotaje que los servicios secretos alemanes crearon junto a los italianos en la zona del Campo de Gibraltar para boicotear intereses británicos.

Así fue hasta que se dio cuenta de las atrocidades que cometían los nazis y los británicos, tras varios intentos, lograron convencerla para que se cambiase de bando y empezase a trabajar para ellos como agente doble.

Un artículo publicado en el diario *ABC* el 12 de agosto de 2014 relata cómo fue su estreno con los servicios secretos británicos. Se trata de una narración que ofrece, además, una idea muy aproximada de cómo era esa mujer y descubre cómo se la conocía ya por aquel entonces. Y lo hace con un testimonio directo, el de David Scherr, jefe de la Oficina de Seguridad de Defensa (DO) en Gibral-

tar, recogido también en un documento desclasificado en 2005 por el servicio de seguridad interna del Reino Unido, el MI5. Scherr fue quien la reclutó. Cuenta su primer encuentro con Larissa.

Como la entrevista que yo estaba manteniendo con otro miembro del público se antojó dudosa, me pusieron en la habitación de al lado para hacer frente a la más extraordinaria de las visitas: una mujer de unos 30 años que se sentó frente a mí cruzó las piernas colocándose el dobladillo del vestido y lentamente encendió un cigarrillo. Inhaló y exhaló el humo de forma insinuante. Mientras me observaba tras su nariz aquilina, me sonreía de manera interrogadora: "Yo soy la Reina de Corazones. ¿Quién eres tú?".

¿No recuerda a la famosa escena protagonizada por Sharon Stone en *Instinto básico*?

Así cambió de bando en 1943. Lo hizo, por tanto, en el tramo final de la Segunda Guerra Mundial. Pasó entonces a ser agente doble. Es decir, siguió trabajando para los servicios secretos nazis con el fin de conseguir así más información —y más valiosa— para los británicos. Era de las consideradas espías de 'pata negra', de las que se la jugaban, si era necesario, para conseguir sus objetivos. Y, por lo visto, con unos buenos resultados. Por ejemplo, cuando gracias a ella se descubrieron y desarticularon los conocidos hombres rana o torpedos humanos italianos que tanto daño hicieron en aquella época a los intereses británicos.

El mismo MI5 lo cuenta así en otro documento desclasificado recientemente y al que este autor también ha tenido acceso:

La actuación de esta mujer, de unos 30 años, llevó a la caída de los hombres rana en poder de las autoridades españolas y al fin de las acciones con los torpedos.

Era un comando de élite, kamikazes del mar en su conjunto que se conocían como 'El príncipe negro y los diablos del mar'. Estaban bajo el mando del conocido Junio Valerio Borghese, personaje que protagoniza otro capítulo de este libro. Tal como se ha apuntado, se dedicaban al sabotaje de intereses británicos, principalmente buques fondeados en la bahía o en el Peñón. Además del submarino camuflado Scire, tuvieron varias bases secretas de operaciones, como un petrolero encallado en la Bahía de Algeciras, el Olterra, y una casa en

Puente Mayorga conocida como Villa Carmela. Desde cualquiera de ellas partían, al amparo de la noche, sus famosos torpedos humanos, también conocidos como los 'maiali', o sus buzos u hombres rana con bombas lapa.

Durante esa misma etapa como agente doble, Larissa también conoció a Ian Fleming, oficial británico de inteligencia que después alcanzó fama mundial como creador de James Bond. Era oficial de la Royal Navy y trabajó en Gibraltar en una misión confidencial. Y parece que en la primera novela de la saga protagonizada por dicho personaje que escribió, *Casino Royale*, se inspiró en su excompañera, nuestra protagonista, para crear el personaje de Vesper Lynd, una espía de doble filo que ha sido interpretado en el cine por Ursula Andrews y Eva Green. O al menos eso apuntan diversos artículos y escritos.

También se señala que Fleming se basó en la reseñada flotilla de saboteadores italianos para su novela *Thunderball*, otra prueba de que el autor recurría a experiencias personales o que conoció durante su etapa como espía en la zona para las aventuras de James Bond.

La vida de Larissa aquellos años podía calificarse de cualquier cosa menos tranquila. Vivía al límite, al borde del precipicio. Hubo muchos momentos difíciles. El más angustioso sucedió en 1944. Su hija Helena tenía ya 12 años. Mantenía la inocencia propia de una niña de su edad, pero su personalidad y las circunstancias habían hecho de ella una joven observadora que era consciente del mundo en el que vivía y lo que sucedía a su alrededor. Un joven vecino de la urbanización de Puente Mayorga en la que vivían había muerto, parece ser que a manos de los británicos acusado de espionaje.

Fue el peaje que tuvo que pagar ese chico de 25 años por trabajar para los alemanes. O más concretamente para los saboteadores italianos al servicio de la causa nazi que se sumergían en el mar para llevar a cabo acciones contra intereses británicos, los anteriormente mencionados hombres rana o torpedos humanos desarticulados gracias a la actuación de Larissa. El joven formaba parte de esa organización de saboteadores. Hasta que lo pillaron, se lo llevaron y lo ejecutaron.

La madre del joven estaba convencida de que Larissa Swirski era la culpable. Hasta entonces ambas familias habían sido amigas, pero el suceso cambió esa relación. Decía a quien quisiera escucharla que 'la rusa' había sido quien había delatado a su hijo a los británicos y juraba venganza.

Y en ese clima llegó el día del angustioso momento que vivieron Larissa y, sobre todo, su hija Helena. La pequeña volvía de la playa una tarde de calor y, al pasar frente a la casa del joven asesinado de regreso a la suya, vio la verja de acceso abierta y, en medio del gran jardín, una serpiente que dormitaba sobre el brocal de un pozo. No pudo resistir la tentación de acercarse a ver qué hacía. Cosas de niños. Pero la curiosidad pudo salirle muy cara.

De repente sintió algo duro y frío en su nuca. Se volvió despacio y vio a la madre del joven asesinado apuntándole con una pistola.

—Tu madre mató a mi hijo y yo voy a matarte a ti.

La frase retumbó en su cabeza. Sabía a qué se refería. Y quién pensaba que era la culpable de lo sucedido. Había oído hablar en su casa sobre ello con el hijo de la vecina. Helena se arrodilló en el césped y rompió a llorar como la niña que, pese a todo, era. La mirada fría, helada, de la que se presentaba como su verdugo la convencieron rápido de que no serviría de nada. Estaba sentenciada. No puede evitar seguir emocionándose cada vez que lo recuerda pese al tiempo que ha pasado. Al relatarlo revive un miedo que no ha vuelto a sentir. Tanto es así que se dio por muerta.

Pero se equivocó.

—Esta vez no te mato, pero la próxima vez que te vea sí lo haré —acabó diciéndole—. Vete.

Y Helena se marchó. Corriendo. Sin mirar atrás y jurándose que pondría todo su empeño en no volver a cruzarse con esa mujer nunca más, no fuese que le diera por cumplir su amenaza.

El susto también fue mayúsculo para la propia Larissa cuando su hija le contó lo sucedido. La espía no podía abandonar su trabajo, más que nada porque no la dejarían y estaba segura de que eso pondría aún más en peligro a su familia, pero sí decidió extremar las precauciones. Y, sobre todo, estar más alerta.

Quizá fue eso lo que las salvó otra mañana en Gibraltar. Madre e hija caminaban por su calle principal, Main Street, que entonces sí estaba abierta al tráfico. Iban de la mano. De repente, un ruido peculiar llamó la atención de Larissa. Se acercaba por detrás. Cada vez sonaba más cerca. Era el motor de una camioneta blanca que aceleraba mientras iba directa a ellas. La espía empujó a su hija y se lanzó junto a ella al interior de un portal. Se salvaron por los pelos. Tras un volantazo que buscaba arrollar a la mujer y su hija antes de

que se resguardaran, el vehículo golpeó contra la esquina del edificio, aunque logró reconducir la marcha y huir a toda prisa.

El portal en el que se protegieron es en la actualidad del servicio postal (correos) de Gibraltar. Y, curiosamente, se puede apreciar un desconchón en el mismo sitio donde golpeó la camioneta. Parece difícil, pero quién sabe si es el rastro que ha perdurado todo este tiempo de aquel episodio que estuvo a punto de acabar con la vida de nuestra protagonista y su hija Helena.

Pocos días después supo que se trataba de un vehículo conducido por alemanes, lo que confirmaba que ya sospechaban que ella trabajaba también para los británicos como agente doble. Lo que nunca estuvo claro es cómo consiguieron entrar en Gibraltar.

Esa certeza de que los nazis habían descubierto que era agente doble hizo que tomase todavía más precauciones, tanto en su trabajo como en su día a día personal. Y que empezase a plantearse en serio abandonar el espionaje. No convenía abusar de la suerte. Había salvado la vida por los pelos ya en demasiadas ocasiones. Su hija Helena también había estado en peligro varias veces por su culpa.

Su abrupta salida de Rusia dejó en ella un trauma que resultó determinante en su decisión de combatir al comunismo. Según relata su hija, después, al darse cuenta de cómo eran los nazis, la verdad que se escondía tras ellos, se pasó al bando contrario.

¿Y cómo conoció esa macabra realidad que escondía el Tercer Reich? Estaban en guerra y la existencia de campos de prisioneros era algo que podía considerarse normal. Otras cuestiones eran la Solución Final, el exterminio de judíos, gitanos y homosexuales, las torturas, las ejecuciones masivas, los experimentos con humanos… De eso no sabía nada. Casi nadie lo sabía todavía, más allá de los jerarcas nazis, sus brazos ejecutores, las víctimas y los muchos o pocos que fueron testigos pero prefirieron callar y mirar para otro lado.

A Larissa Swirski se lo contó su hermana Ala, dos años menor. Siempre les unió una relación especial pese a la distancia y haber cogido caminos tan distintos. Ella vivía en Francia y le tocó sufrir la ocupación nazi. Fue testigo directo de cómo se las gastaban los alemanes con los prisioneros. Empezó a enterarse también de lo que hacían en los campos de concentración y exterminio. En esa zona de Europa era ya un secreto a voces. Ala decidió pasar a la acción, no quedarse de brazos cruzados. Y lo hizo sumándose a La Resistencia,

que es como se conoce al conjunto de acciones clandestinas que continuaron la lucha contra el Eje en territorio francés tras el armisticio de junio de 1940, hasta la liberación en 1944. Esa lucha se basó en acciones de información, sabotaje y operaciones militares contra las tropas de ocupación —mayoritariamente alemanas— y contra las fuerzas del régimen de Vichy, en la práctica un gobierno títere de los nazis.

Ala se lo contó todo a su hermana en un viaje que hizo a España para verla. Helena todavía recuerda aquel momento y cómo su madre se quedó muda, incapaz de reaccionar, hasta que rompió a llorar. Le costó asimilar que había vivido una gran mentira y, aunque sin saberlo, que ella había sido partícipe de la misma.

Larissa era también consciente de que caminar por el filo, tentando tantas veces y durante tanto tiempo a la suerte, tenía sus riesgos. La seguridad de la familia era, sin duda, lo más importante. También que todo eso no acabase afectando al trabajo de su marido, como acabó sucediendo. La Segunda Guerra Mundial daba ya sus últimos coletazos, y resultaba evidente que la derrota nazi era ya una cuestión de tiempo, cuando el Ministerio de Marina dio un ultimátum a Manuel Romero para "evitar un conflicto de gobiernos", según le dijeron: o Larissa dejaba el espionaje o él renunciaba a su carrera en la Marina.

Pidió un tiempo para hablar con su esposa y darles una respuesta definitiva, aunque tampoco es que le dejasen demasiado margen de maniobra. Llegó entonces una orden de los nazis. Larissa sabía que la habían descubierto, que conocían que trabajaba para los británicos, pero tenía que disimular y mantener las formas. Quién sabe si, además, en esa misión, que podía ser la última antes de abandonar esa vida, obtenía una valiosa información que le permitiese despedirse por todo lo alto y con todos los honores sirviendo a los Aliados. Pensó que quizá era una buena forma de compensar errores del pasado que seguían martilleando su conciencia.

Los nazis le encargaron una misión en Buenos Aires, y para ello debía embarcar en el puerto de Cádiz en el Cabo de Hornos. Pero el día antes de zarpar le dieron un chivatazo providencial. Fue de David Scherr, jefe de la Oficina de Seguridad de Defensa (DSO) en Gibraltar. Era su jefe. Le advirtió que a bordo del mencionado buque iban a embarcar también dos agentes nazis con un encargo: arrojarla al mar durante la travesía.

La decisión estaba clara. Larissa Swirski no embarcaría en el Cabo de Hornos y desembarcaría del mundo del espionaje.

A su marido lo trasladaron a la Comandancia de Marina de Sevilla. La actividad de su esposa, que él aseguró a sus superiores desconocer, parece que tuvo mucho que ver. Ella tampoco quería perjudicar la carrera de su marido. Cómo logró dejar el espionaje tan fácilmente es un misterio de los muchos que rodean la vida de Larissa Swirski. Sin represalias, sin que le pidiesen nada a cambio. Y, además, estuvo protegida hasta la caída del Tercer Reich. Después ya tuvo que aprender a vivir sin esa protección, algo que no debió ser fácil, ya que seguro que no eran pocos los que deseaban eliminarla.

Pasó a dedicarse a su familia, a realizar esporádicas traducciones de ruso y a viajar. Nada de espionaje. O al menos así trascendió en la familia y así lo transmite Helena. Viajaron mucho. Y la mayoría de los veranos los pasaron en un bonito rincón de la costa gaditana del que se había enamorado Manuel.

Pasaban frecuentemente frente a él cuando salían a navegar en una pequeña embarcación de recreo que tenían. Era una coqueta casa de pescadores situada a pie de playa en Chipiona. Manuel Romero le decía a la pequeña Helena, cuando ésta ya estaba a punto de entrar en la adolescencia, que algún día la comprarían. Era un sueño compartido que acabó haciéndose realidad el día que vieron un letrero de 'Se vende'. Manuel Romero no se lo pensó. Ancló la embarcación, desembarcaron y se dirigieron a la casa. Les recibió un matrimonio mayor. Les enseñaron la casa, pusieron precio y llegaron a un acuerdo rápido. A los pocos días, la coqueta casa que tanto habían deseado ya era suya.

Allí disfrutaron y fueron felices. Y en el momento de escribir estas líneas allí sigue viviendo la pequeña Helena, una mujer de 85 años que se presenta como Liana Romero. Es muy conocida en la zona, sobre todo en Sanlúcar gracias a sus programas de radio y televisión. También se mueve con frecuencia por Chipiona, Rota y Jerez.

Llevaron una vida algo más normal, o al menos más próxima a los cánones clásicos de normalidad. Manuel Romero mantuvo alrededor de dos décadas su destino en Sevilla, exceptuando un año que tuvo que suplir la baja del máximo responsable de la Comandancia de Marina de Sanlúcar. Vivían en Sevilla y pasaban los veranos en Chipiona, en esa casa de la que se había enamorado su padre y que compraron a una familia de pescadores.

Fue allí donde conocieron a un peculiar personaje, un tal Luis Gurruchaga, a quien acabó uniéndoles una gran amistad. Aunque ése no era su nombre auténtico. Tardaron en saber que el verdadero era Frederiche von Freienfels. O eso les dijo. Era un médico misterioso, con un pasado más que turbio, con una cara oculta que muy pocos conocían. Era un hombre atractivo, simpaticón y muy conocido en Chipiona. Y muy querido. Pero la suya es una historia que merece un capítulo propio en este mismo libro. Porque también está relacionado con los nazis.

Larissa Swirski murió el 13 de mayo de 1977. Lo hizo en paz, sin ruido, mientras dormía la siesta en su casa sevillana. Se acostó después de comer y ya no volvió a despertar. Arrastró importantes problemas de salud en sus últimos años por culpa, sobre todo, de su afición al tabaco. Maldito vicio que no consiguieron que dejase. Raro era verla sin un cigarro de la marca Camel, a la que siempre se mantuvo fiel.

Su marido Manuel Romero, jubilado en 1965 como capitán de fragata, falleció 12 años y dos meses después de ella, el 13 de julio de 1989.

Como no podía ser de otra forma, Liana Romero ha sido la principal fuente de este relato, que forma parte de la apasionante historia de su familia, mucho más extensa y repleta de curiosidades, aventuras, intrigas, amores y secretos inconfesables que se remonta a la Rusia de los zares y se prolonga hasta la actualidad. Está escribiéndola. Nadie mejor que ella para hacerlo. Porque los que la conocemos sabemos que esta señora vale más por lo que calla que por lo que cuenta. Y ahora está dispuesta a contarlo todo.

2

EL GRAF SPEE TAMBIÉN DESCANSA EN CHIPIONA

La historia del Graf Spee está rodeada de todos los ingredientes de una leyenda. Y de las buenas, repleta de hazañas, heroísmo y misterios. Como debe ser. Fue uno de los buques nazis más emblemáticos. Por sus características y por las numerosas aventuras que vivió, por los logros alcanzados y por el peculiar final que tuvo. Un final que guarda la revelación que se narra en este capítulo y que hace referencia al que posiblemente es el último resto de dicho crucero alemán. El mismo descansa en un privilegiado rincón de la provincia de Cádiz, casi a pie de playa, en una antigua casa de pescadores que mantiene entre sus paredes un buen puñado de secretos. ¿Adivina cuál?

Hay sinfín de historias de barcos víctimas del infortunio durante la Segunda Guerra Mundial. Y todo tipo de relatos llamativos relacionados con el mar. Sobre todo, los que tienen que ver con tragedias. Como esta del Graf Spee que nos ocupa, una de las más curiosas. Tanto es así que ha sido llevada al cine dos veces, en *La batalla del Río de la Plata* (Reino Unido, 1956) y *La persecución del Graf Spee* (Estados Unidos, 1957).

El Admiral Graf Spee fue un crucero pesado de la conocida como clase Deutschland que sirvió con la Kriegsmarine de la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial, aunque antes ya había protagonizado acciones importantes. Fue llamado así en honor a